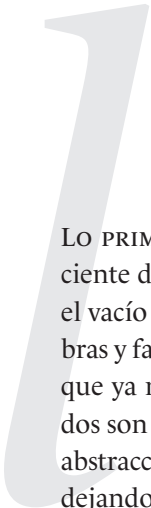




Fotograma de *La libertad del diablo*, dirección de Everardo González, 2017, 74 minutos

# El paso hacia la libertad

Juan Patricio Riveroll



LO PRIMERO QUE PIENSO cada vez que veo *La libertad del Diablo*, el más reciente documental de Everardo González, es en todo lo que hemos perdido, el vacío irrevocable que reina en nuestro país: un páramo habitado por sombras y fantasmas. El espíritu colectivo del que formamos parte está tan herido que ya ni siquiera nos damos cuenta. Las cifras de muertos y de desaparecidos son tan altas que es difícil humanizarlas, bajarlas de la estadística y de la abstracción numérica a la carne y el hueso que se pudre en fosas anónimas, dejando tras de sí una estela de dolor y de sufrimiento escondida bajo tierra. Si pudiéramos bajar a los infiernos, ¿nos atreveríamos?

Everardo y su equipo se atrevieron, y volvieron desde allá con testimonios desgarradores que nos confrontan con una realidad que pocos quieren ver, pero necesitamos. Retazos de historias, medias tramas y varios nudos de sentimientos y emociones que cuesta trabajo presenciar, porque traen noticias de la barbarie que han vivido o que han causado, y nadie se siente a gusto en la barbarie. Hablan frente a la cámara, tapados con máscaras color carne, familiares de desaparecidos y torturadores, un sicario y un forense, militares y torturados. Unos claman justicia, otros piden perdón, otros más los quieren ver castigados. Es tan solo la punta de un iceberg de entre tantos otros que hay en México, convertido en el bíblico valle de lágrimas que no deja de fluir. Lo increíble es que no son casos aislados sino la norma: víctimas y victimarios que se atrevieron a contar su historia frente a una cámara, pero como ellos hay cientos de miles a ambos lados de la línea de batalla. El enfrentamiento entre las fuerzas del Estado y el crimen organizado ha dejado un sinnúmero de dolor entre la población civil, desarmada e impotente ante los abusos de ambos, inocentes que pagan el precio de una política totalmente equivocada.

La otra película de Everardo que trata sobre este tema es *El Paso*, sobre dos periodistas fugados de México por amenazas de muerte en su contra, asilados en la ciudad fronteriza del vecino del norte. Son cintas paralelas, que se acompañan, una como pie de página de la otra; en ese sentido, intercambiables. *La*

*libertad del Diablo* es más impresionante, épica en cuanto al horror que transmite, mientras que *El Paso* es un retrato íntimo y contenido. Ambas hablan de las consecuencias de la violencia en México, indagan sobre lo que significa haberla vivido en carne propia, y tras las caras en primer plano tratan de buscar una salida al laberinto de sangre en el que está inmerso una buena parte del territorio.

Es una experiencia compleja mirar esas cintas. Al vernos confrontados con esos niveles de sufrimiento la reacción más inmediata puede ser mirar hacia otra parte, pero ya estás ahí, en el cine o frente a la pantalla de la computadora o de la televisión. Y dejar de verlas se siente como una afrenta a quienes accedieron a contar su historia, en muchos casos por primera vez, para que el espectador haga con ella lo que quiera, pero lo mínimo es sentarse a escuchar, si hemos estado lejos de la violencia o si también nos ha pasado de cerca. Ojalá llegaran a los que están arriba, al artífice de la guerra contra el narco, Felipe del Sagrado Corazón de Jesús Calderón Hinojosa, o a la actual administración, para que se enteren del rastro que han dejado sus decisiones. Porque sí hay responsables, y sí hay otras maneras de lidiar con la violencia en México y con los cárteles del narcotráfico. Tras dos sexenios de militarización del país el gobierno no ha podido tomar el control de nada, los índices de violencia han escalado a niveles nunca antes vistos y los cárteles siguen distribuyendo droga y peleándose entre sí, y aquí es donde cabe regresar a los testimonios de *La libertad del Diablo*: eso es lo que ha causado la militarización. Esas lágrimas pesan como plomo, esas pérdidas se vuelven reales, se materializan ante nosotros porque Everardo decidió dar un paseo por el infierno.

La capacidad de empatía de un director como Everardo González es lo que hace posible una película como esta, o como *El Paso*, o como cualquier otra suya. El director se vuelve cómplice de sus entrevistados y no los juzga. Ellos, a su vez, se sienten cómodos frente a él, y se desnudan, metafóricamente hablando,

dicen cosas que no pensaban revelar, pero que en un momento dado, a media entrevista, decirlo se convierte en lo más natural, en un paso necesario también para ellos, pues en ese instante se liberan de una energía que debían desatar después de haberla guardado por tanto tiempo. Es ahí cuando la mirada del director y del protagonista se unen para forjar ese lazo que tras el montaje se convertirá en la película, todo con la intención de que, más tarde, el espectador dialogue con ellos pues las respuestas nunca son evidentes, menos aún fáciles, si es que hubiese respuestas.

Dentro de su filmografía podríamos decir que *La libertad del Diablo* es el reverso de *Los ladrones viejos*, aquellos delincuentes cuya ética consistía en no portar armas ni amedrentar a sus víctimas con violencia, y que lograban robar mediante el arte del artemio, trucos de prestidigitación en los que la mano es más rápida que la vista. Para ellos sacar un cuchillo o una pistola, y peor aún, herir a la víctima, era muy mal visto; simplemente no lo hacían. Ahora todo ha cambiado. Hay armas por doquier en manos de jóvenes de catorce años —como el sicario que se confiesa en *La libertad del Diablo*— y el éxtasis de matar se convierte en un afrodisiaco, aunque el precio sea una suerte de muerte espiritual sin perdón alguno, y luego se arrepientan. La tortura ya es también parte de la cotidianidad criminal en México, la violación, el desmembramiento. Qué lejos estamos del país viejo en el que había ladrones con principios éticos inquebrantables.

La película ha pasado por algunos de los festivales de cine más importantes del mundo. Sería también deseable que la atención internacional hacia México se intensificara, porque sea lo que estén haciendo nuestros gobernantes no está funcionando, y en vez de pacificar, los muertos aumentan. Que se materialicen en una pantalla es un mísero consuelo, pero al menos ahí están algunos testimonios, en una película hecha desde las entrañas y que avanza por el camino de la comprensión, si tan sólo escucháramos sus ruegos. ■■